

EL FRAILE Y EL SOLDADO.



«Allá sobre las ruinas de una casa, hundidos en el fango hasta las rodillas, descansan un momento y se miran. Uno y otro tienen en sus manos el azadon; los rostros de uno y otro gotean el sudor de las labores fatigosas. Son dos representantes de dos ideas grandes que se suman en una. Los llevaron á aquel sitio la religion y la patria, uniendo sus impulsos en uno solo, el de la caridad.

Estos dos hombres son el soldado y el fraile.

La disciplina y la regla quitan al soldado y al fraile todos los egoismos humanos. Cuando el cansancio les rinde, la disciplina les anima. Cuando el sueño los va á vencer, el toque de la corneta y el vibrar de la monástica esquila les despiertan. Ningun premio esperan. La fama no se ocupa de ellos. No tienen nombre. Son el deber en su forma activa. Son la voluntad humana sin las mermas que al querer impone el poder.

En Consuegra el fraile y el soldado vienen llevando á cabo actos heroicos.

Mañana, cuando el pánico acabe, criando las ruinas sean saneadas, cuando no quede un paredon que amenace aplastar al que trabaja á su pié, cuando haya sido arrastrado á la huesa el último cadáver humano y á la pira el último buey podrido, la esquilla conventual llamará al fraile, la corneta llamará al soldado, esas avanzadas de la caridad quedarán disueltas.

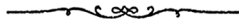
¿Dónde constarían sus sacrificios hermosísimos si no hubiera allá arriba un libro en que se apunta cuanto pasa aquí abajo?»

¡Muy bien!

(De *El Imparcial*).



EL FRAILE Y EL SOLDADO



La herida abierta en el cuerpo de la pátria por la fuerza ciega y brutal de un riachuelo empieza á curarse. Dentro de poco Consuegra verá levantarse sobre su suelo, limpio de légamo y barrido de escombros, nuevo y alegre caserío, y quedará de la catástrofe luto en muchos corazones por los muertos que duermen en el anónimo de la fosa comun, y terrible recuerdo de aquella noche en los ánimos de los supervivientes.

El Estado cuidará ahora de buscar el medio científico para que el riachuelo no borre del mapa el pueblo nuevo, conteniendo su ira, temible como todo arranque del débil, y la caridad distribuirá el capital reunido entre los que vieron hundirse en las aguas hacienda y porvenir.

Pero lo que no se olvidará, lo que vivirá mañana con la misma fuerza que hoy es las figuras del fraile y del soldado.

En este moderno vivir febril y apresurado se gastan muchas energías y se embotan no pocas creencias; el fuego del altar se renueva tardíamente, y poco á poco, sin que en el hecho tenga parte la voluntad, llegamos al promedio de la vida con un amargo fondo de desaliento en el espíritu y de escepticismo en la conciencia. Y entonces, es decir, ahora, un oscuro fraile y un soldado anónimo vienen á derramar un poco de bálsamo sobre aquellas invisibles heridas.

Los dos habrán abandonado ya su puesto, uno para volver á la vida estrecha y al ordenado regimiento del cuartel, y el otro á la existencia contemplativa y austera del claustro. Pero antes de que regre-

sen al culto de la religion del deber, justo es que la crónica fije en su *memorandum* el perfil de ambas figuras.

Creo yo que hubo en la noche del 11 de Setiembre dos clases de heroismos.

Muchos lucharon entonces por la vida ajena haciendo desprecio de la propia, y la gratitud nacional dió á los vientos sus nombres, de hoy en adelante enaltecidos con el homenaje debido. Pero quienes así obraron en los primeros y tremendos instantes, hubieron de sentirse débiles después del esfuerzo hecho, y se aterraron ante la magnitud del desastre cuando el sol alumbró á la siguiente mañana las ruinas que eran como una inmensa tumba. El heroismo del momento necesitaba solo el acicate del peligro salvado en el momento mismo, pero la obra terrible que había que acometer luego exigía mucho más que esto, una abnegacion sin tasa ni medida.

Los que lo vieron lo han dicho en todos los tonos. Debajo del extenso campo de escombros igualado por el barro estaban cientos de muertos; el primer azadonazo que separó aquel barro y dejó al descubierto el primer cadáver hizo apartarse á los más, y los que no temieron la fuerza incontrastable del agua en las angustiosas sombras de la noche, se hicieron atrás entonces; con aquellos muertos que hinchaban descompuestos el légamo, salía la fiebre, el contagio, la peste del ambiente, un enemigo nuevo con el que no se podía luchar por el vigor del brazo y la entereza del corazon.

Y entonces vinieron los débiles, los oscuros, los que en el apartamiento de la celda han perdido el recuerdo de las luchas, y bravamente cogieron aquellos muertos macerados por la humedad del fango, mal olientes, horribles de ver por las trágicas posturas de la agonia, y con ellos al hombro sobre el sayal áspero hiciera consencillez y humildad acto de prodigioso valor.

No había para acometer esta temeridad esperanza de ulterior recompensa; el fraile que puso su carne viva en contacto peligroso con la carne muerta y apestada, ha vuelto tan desconocido como antes á la soledad de otro convento, á la diaria penitencia, á la vida oscura y meritoria del asceta, dejando en la puerta las alabanzas y huyendo de ellas como acicate que son de la vanidad.

Muchos de ellos dejaron el suelo de la patria para llevar á Filipinas

la propaganda de las doctrinas de Cristo, que esta es su mision, turbada un momento por la catástrofe, y en aquellas enemigas latitudes hallarán la muerte, sacrificados como tantos otros por el fanatismo de las tribus no reducidas. Y solo entonces, fuera de este breve y fatigoso tránsito de la vida terrena, tocarán la recompensa única á que aspira el que se aleja cuanto puede de los hombres y se acerca cuanto le es posible á Dios.

Y si grandes han sido estos frailes, que cumplían sobre las ruinas los deberes de la religion, no lo son menos esos pobres soldados, llevados allí por la religion del deber. También han vuelto á su vida normal, enfermos muchos de ellos, saturados de la apestada atmósfera en que han vivido. Y así como los discípulos del Seráfico se perderán, olvidados, en el Archipiélago, el soldado volverá á su hogar tan olvidado como los otros.

Les ví llegar hace tres noches; venían cansados, con ese cansancio que dejan las noches pasadas poco menos que al raso y que se refleja en la cara abatida y lacia, maltrecho y sucio el uniforme, como imágenes de pobres soldados aspeados de un ejercito en retirada, y todavía en el rostro el estupor de los horrores vistos al remover en el suelo de la ciudad rasada por las aguas.

¡Pobre soldado, número en la fila, factor anónimo en el combate!
¡Pobre fraile, emigrado voluntario en el país de la soledad y la estrechez de una regla! Habéis sido aquí los últimos y seréis allí, en la region del absoluto reposo y la eterna bienaventuranza, los primeros.

FEDERICO URRECHA.

(De *El Imparcial*)

